

RAFAEL SERRANO ALVAREZ

Persona popular en Josa

Lector: si en tus aficiones figura el amor al campo, al monte, a la naturaleza en cualquiera de sus manifestaciones y vives o frecuentas Josa, seguro que conoces, tratas y estimas en lo que vale a Rafael.

Si este amor te ha llevado a pasear alguna vez por los alrededores del pueblo en crudas mañanas invernales, envuelto en nieblas, o en días de verano abrasado por el sol, no habrás dejado de encontrarte con un hombre espigado, semblante en cuyo color y arrugas han tomado parte los elementos atmosféricos más variados; rostro iluminado con unos ojos de mirar franco y derecho, como quién no teme que se asomen en su interior porque nada tiene que ocultar, ni su bondad le permite creer que vaya a encontrarse mal alguno, si bien a pesar de su buen hacer a veces no ha tenido el debido reconocimiento su intachable actitud.

Generalmente yo lo veo, despechugado, ropa adecuada para el entorno en que vive, en la mano un manojo de tomillo, a veces en su tiempo una gran gavilla de té de roca encontrado en sitios del monte que él tan bien conoce. En su corazón yo sé que hay un amor infinito a la naturaleza.

Su oral, como con timidez, con su habla discreta, sin levantar nunca la voz, como hombre en quien la humildad no es virtud, sino segunda naturaleza, que se goza en ella, que disfruta en ella.

¿Quiere todo esto decir que Rafael no tiene el menor defecto, que este escrito ha de ser una continua alabanza? Terminantemente no, en manera alguna.

Rafael tiene sobre su conciencia un grave pecado, difícil de compaginar con cuanto hasta ahora he escrito; ha sido un furibundo cazador, y la muerte de muchos conejos, liebres, perdices y codornices gravita sobre su conciencia.

Insondables son los misterios del corazón humano, imposible a primera vista unir esta afición con las anteriores. Ello se transparenta en cuantas ocasiones se presentan a dar gusto al gatillo. Creo que los años lo han retirado de este deporte, aunque no su arrepentimiento total de apuntar a todo que se mueve.

Con las sombras de este pecado, sigue disfrutando del aire puro de Las Coronillas, Cabezo gordo, Las Riperas, El Hocino, Molino Bajo, en fin, por todos los confines del término donde se críen setas, hongos, caracoles y cabras. Rafael estoy convencido que viviría en solitario con la naturaleza, sin ayuda de nadie, en su querido pueblo mejor que en la ciudad.

Ha tenido su vida laboral, ha trabajado de albañil, pintor, agricultor y atendiendo el bar del pueblo, ahora ya está jubilado de su larga vida de trabajo, soltero, solitario y

feliz, siempre ha querido ser un hombre libre y lo consiguió, ataduras no ha querido ni las matrimoniales.

Yo le considero un hombre cumbre. No es dichoso siempre el hombre cumbre, pero qué sencillo y recomendable y que edificante, que sano, vivir entre montañas, como mojón de coordenada sobre el picacho, sobre la cima, sobre el cabezo, barrando del castillo, junto a su fuente de agua clara y fresca, en esa soledad que reconforta el alma.

En una excursión con Rafael, vi volar águilas, buitres, cuervos, perdices, correr conejos y también un zorro con su espléndida cola brillando al sol. Para mí esta marcha por la montaña fue un descanso del cuerpo y del espíritu, me olvidé del trabajo y preocupaciones; he aprendido mucho con Rafael, porque todo él es una discreta enseñanza y un animarte a que recorras y conozcas a fondo esas montañas y riberas tan agrestes de Josa.

Pedirle a mi hijo Luis, conocedor de todo el término que organice alguna excursión que ayude a conocer, para que podáis propagar la belleza que encierran estos parajes de nuestro querido pueblo.

En mi juventud y edad madura he recorrido todo, ahora soy anciano de los de andar por casa, para mí estar en verano unos meses en Josa me rejuvenece.